LA MODA ELEGANTE

Año XXII. **PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,** Num. 39.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA
A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TODA CLASE DE TRABAJOS DE AGUJA, INCLUSOS LOS DE TAPICERIA EN COLORES, CROCHETS, CANEVAS ETC.

Se publica un numero todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En España, Canarias y Portugal.
EDICION ECONÓMICA.
Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.
Precio de la edicion de lujo.
Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.
No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En las Américas Españolas
EDICION ECONOMICA.
Por un año 8 pesos fuertes.—Seis meses 5 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.
EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.
En los demás estados de América.
EDICION ECONÓMICA.
Por un año 10 pesos fuertes.—Seis meses 6 pesos fuertes.
Precio de la edicion de lujo.
Por un año 15 ps. fs.—Por seis meses 8 ps. fs.
No se venden números sueltos.

Sumario.—Vestido de viaje.—Botin para niño de 5 á 7 años.—Colcha de cama á punto de aguja.—Cuello y manguito con sobrepuesto de guipur. — Gaban condesa. —El fantasma blanco. — Explicacion del grabado de modas.—Las mujeres de nuestro siglo.—Un año de matrimonio.—Crónica de Cádiz y su provincia.—Problemas de ajedrez.

Vestido de viaje.

Trage de muer crudo, recogido sobre un guardapiés de lo mismo, orlado por un estrecho volante encañonado y adornado de terciopelo negro en tiras anchas y estrechas. El trage está guarnecido como el guardapiés, pero con una tira sola de terciopelo negro. Está recogida en forma de drapería, y sujeta de trecho en trecho por medio de una presilla de cachemira violeta ribeteada de terciopelo negro. El corpiño es de figura de chaqueta de *guardia francesa;* las barras, el cuello y las solapas son de cachemira violeta, así como las vueltas de las mangas y el rodete de las sisas, las cuales llevan adornos de terciopelo negro. Chaleco de piqué blanco. Corbata de muselina blanca, con lazo de terciopelo negro.

Botin para niño de 5 á 7 años.

Este modelo, hecho con dos colores diferentes, puede ejecutarse, bien en paño, bien en cachemira ó bien en piqué. En tela de lana se escoge el negro ó el gris para las dos partes principales,—el encarnado ó el azul Méjico para la parte abotonada; *en piqué se asociarán los colores* blanco y gamuza. Los botones de acero son hoy los mas de moda.

Si el botin es de paño, ó bien de piqué, se forrará solamente la parte que lleva los botones, la de los ojales y el borde inferior; si se hace de cachemira, será necesario forrarlo enteramente de seda ó de percalina.

VESTIDO DE VIAJE.

Las tiras que llevan los ojales y los botones se ribetean con una cinta del color del fondo del botin; si este es de piqué se ribetea tambien el borde superior; para las telas de lana, se pone en este sitio un cordon elástico que lo sostiene. La trabilla se corta de piel charolada, y se cose á pespunte en el sitio correspondiente.

Colcha de cama á punto de aguja.

MATERIALES.—Hilo de linó del n.° 50: algodon grueso de hacer punto del n.° 20 de seis hilos.

Esta linda colcha se compone de cuadritos rellenos, labrados con algodon grueso, y de estrellas hechas con hilo lino, llevando al rededor un borde ejecutado con algodon grueso. La reunion de estos cuadros con estas estrellas forma el dibujo, del cual publicamos una parte. El borde de la colcha lleva un fleco anudado.

Cada estrella se principia por el medio; se escogen agujas de acero no muy finas, de modo que la labor tenga poco mas ó menos el tamaño de nuestro dibujo. Se arman 6 puntos, se los reparte en tres agujas y se labra en redondo del modo siguiente:

1.ª y 2.ª *vueltas.*— Lisas y al derecho.

3.ª *vuelta.*—* 1 echado, — un punto al derecho. Vuélvase á comenzar cinco veces desde *.

4.ª *vuelta.*—Lisa y al derecho.

5.ª *cuelta.*—* un echado,—2 puntos al derecho. Vuélvase á comenzar cinco veces desde *.

6.ª y 7.ª *vueltas.* — Lisas y al derecho.

8.ª *vuelta.* — Alternativamente 1 echado,—1 punto al derecho.

9.ª á 11 *vueltas.* — Lisas y al derecho.

12 *vuelta.*—Como la 8.ª

13 hasta la 16 *vuelta.*—Lisa y al derecho; se reparten los puntos en cuatro agujas, poniendo 18 en cada una.

17 *vuelta.*—* 1 echado,— 9 puntos al derecho. Vuélvase á empezar siete veces desde *.

18 *vuelta.*—Lisa y al derecho. Des-

© Biblioteca Nacional de España

pues de cada vuelta de dibujos se hace una lisa. Lo advertimos á fin de no tener que volver á mencionar esta circunstancia, así solo explicaremos en adelante los números impares, que son los que tienen dibujo.

19 *vuelta.*—* 1 echado,—1 punto al derecho,—1 echado,—9 puntos al derecho. Vuélvase á empezar siete veces desde *.

21 *vuelta.*—* 1 echado,—1 punto al derecho,—1 echado,—menguado,—1 echado, —3 puntos al derecho,—3 puntos tomados juntos, 3 al derecho. Vuélvase á empezar sieve veces desde *. En todas las vueltas vuelve á empezarse lo mismo; así no lo advertirémos ya en adelante.

23 *vuelta.*—1 echado,—1 punto al derecho, —1 echado,—menguado,—1 echado, —menguado, —1 echado , — 2 puntos al derecho, — menguado, —3 puntos al derecho.

25 *vuelta.*—1 echado,—1 punto al derecho.—1 echado—menguado—1 echado, —menguado, —1 echado, —menguado,—1 echado,— 2 puntos al derecho,— menguado,—2 puntos al derecho.

Así se continúa el dibujo, extendiendo siempre la parte *calada*, y menguando por consiguiente las puntas tupidas, de modo que estas terminen en la 31 vuelta, es decir que se toman juntos los tres puntos que forman el extremo de cada punta, y que en cada una de las partes *caladas* se hacen *ocho echados*. Las vueltas 32 y 33 se hacen lisas y al derecho; se toma en seguida algodon grueso, y se trabaja con las mismas agujas, por consiguiente la labor va muy apretada; se hacen cinco vueltas siempre al derecho, pero empezando por el revés, de suerte que las listas aparezcan en relieve por el derecho de la estrella.

Con este mismo algodon y las mismas agujas se hace el cuadrito relleno; se arman 64 puntos (contorno exterior del cuadro) y se trabaja dirigiendose hácia lo interior de aquel. Se hace primero una vuelta al derecho, despues listas compuestas de 4 vueltas; estas listas aparecen alternativamente al revés y al derecho. Para esto, despues de la primera vuelta, se conduce la hebra sobre la aguja mas próxima, se vuelve la labor y se hacen 4 vueltas al derecho. Al fin de la primera de estas vueltas se toma la hebra que se encuentra detrás del último punto, y con ella y este punto se hace otro. En la tercera de las 4 vueltas se hacen juntos los dos primeros puntos y tambien los dos últimos, de cada aguja; los dos últimos puntos se hacen al sesgo; esto dá ocho menguados en todo. Despues de la cuarta vuelta, se vuelve de nuevo la labor por el derecho, como se ha indicado ya, y se forman otras 4 vueltas al derecho; esta vez el menguado se verifica *dos veces en cada esquina*, por consiguiente 16 veces en todo.—En la tercera lista que aparece por el *revés* en el *derecho* del cuadro, se mengua 8 veces; en la cuarta lista, que aparece por el derecho, se mengua 16 veces; la lista siguiente es la última: se la hace al derecho por el revés y se cierra el cuadro. Cuando se tiene un número suficiente de estos y de estrellas, se unen cosiéndolos por el revés; se hace al crochet, en el borde de las estrellas una pequeña guarnicion compuesta alternativamente de un punto en el aire y de una brida, y se le agrega el fleco formado de cuatro hebras de algodon grueso.

Cuello y manguito de hilo con sobrepuesto de guipur.

El efecto producido por esta labor, muy sencilla y muy fácil de ejecutar, es de una gran riqueza y de una distincion perfecta. Como esta novedad figurará en los vestidos de otoño y de invierno, voy á dar algunos completos pormenores, para lo cual emplearé dos dibujos.

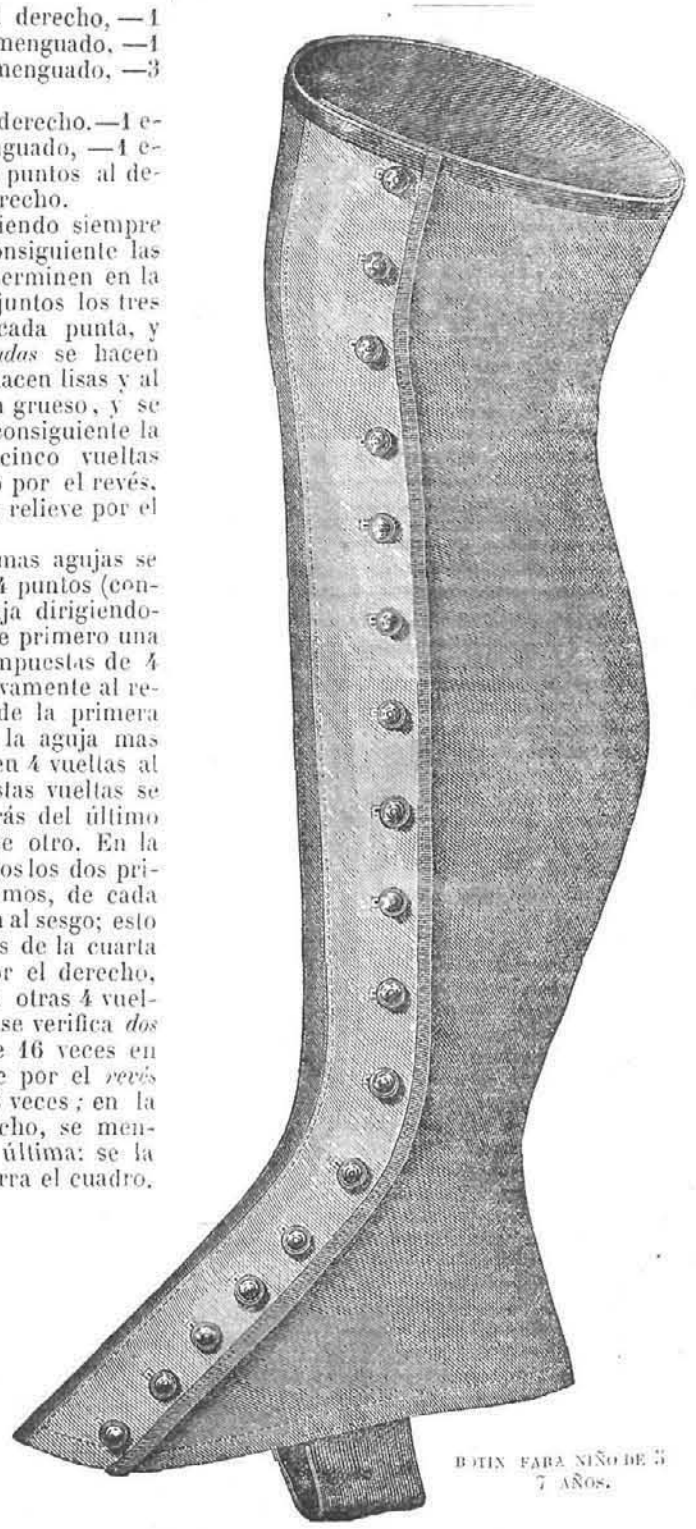
Uno representa el cuello y el otro el manguito adaptado á la manga.

Se toma lienzo muy fino, se corta de él un cuello, se recorta su borde inferior en puntas; todas estas se festonean á puntos separados. A poca distancia del escote, solo sitio en que aparece el género sin estar cubierto por el encage, se pone un guipur blanco de cerca de 4 centímetros de ancho; se le cose al cuello, primero al rededor del escote, despues siguiendo los contornos de las puntas, al sesgo en las esquinas de delante. El contraste de los tonos mates del género de hilo con las partes ligeras del guipur produce un efecto original y rico. Cerca del borde del encage se recorta y se festonea el genero por cada lado, á fin de imitar el efecto de un punto de *escala*.

El manguito se prepara como el cuello; la manga se hace de muselina; dos bullones guarnecen su borde inferior por cima del manguito.

Gaban Condesa.

El modelo de este dibujo se hace de batista de lana gris rosa; la guarnicion del gaban, la de las faltriqueras y la de las mangas se compone de una tira de tafetan cortada al sesgo, del mismo color, pero de punto mas oscuro, adornada por cada lado por una costura pespunteada doble, hecha con seda mas oscura que el tafetan. Esta tela se puede remplazar con paño si se hace para invierno. Los botones son de tafetan.



BOTIN PARA NIÑO DE 5 Á 7 AÑOS.

EL FANTASMA BLANCO.

CUENTO DE PUEBLO

POR DON MANUEL TORRIJOS.

(Conclusion.)

Pasó un año despues del matrimonio y Matea dió á luz una niña á quien el Sr. cura del pueblo bautizó con el nombre de Luisa.

Mateo estaba loco de alegría desde el nacimiento de su hija, y Matea no pensaba en otra cosa que en vestirla y arreglarla.

Llegó la niña á tener quince años, y como era hija única, las miradas de sus padres estaban fijas en ella.

Luisa era demasiado hermosa, y su hermosura debia ocasionarla naturalmente mas disgustos que placeres. A medida que iba creciendo en años crecian tambien sus estimables dotes, y la muchacha se veia rodeada de galanes. Quién la llamaba flor de primavera; quién la comparaba al sol cuando aparece; quien decia que su rostro era una rosa; quien tomaba á sus ojos por luceros; y quien, en fin, echándola de poeta (porque tambien en los pueblos hay copleros) decia que el rostro de Luisa era una pálida azucena nacida en el huerto del alcalde y á quien el mas leve soplo del viento podia marchitar.

Luisa, sin embargo, escuchaba estas flores como quien oye llover y solo un dia pudieron observar los que cerca de ella se hallaban, que su corazon no habia sido del todo insensible á los tiernos requiebros que un estudiante del pueblo la habia dirigido.

Este nuevo galan se llamaba Ceferino, y por su aire desenvuelto, facilidad en sus expresiones y naturalidad de sus modales, llamaba la atencion de todas las gentes del pueblo, que dicho sea de paso, eran demasiado sencillotas.

Ceferino habia puesto sus ojos en Luisa y Luisa no los habia apartado mucho de Ceferino: en una palabra, Luisa y Ceferino se amaban; pero al amor de ámbos jóvenes se oponia un obstáculo mayúsculo; la voluntad de los padres de Luisa.

Estos habian convenido de antemano en casarla con el hijo de uno de los labradores mas ricos del lugar y no estaban dispuestos por lo tanto á dejar que contrajese enlace con Ceferino.

Silvestre, que así se llamaba el hijo del labrador, era un moceton de dos varas y media de estatura, recio como el tronco de un roble, forzudo como Campolican y de un color parecido al de la aceituna. A tirar á la barra y á cargarse un costal de cuatro fanegas de centeno, ninguno en el pueblo le ganaba: en cierta ocasion apostó á comerse medio carnero y á beberse media arroba de vino sin descansar y salió victorioso de su apuesta. No habia uno solo en el pueblo que ignorase lo que por apuesta tambien hizo el dia de Nochebuena. Estaba con otros mozos del pueblo en medio de la plaza, cuando acertó á pasar por allí un arriero que llevaba una recua de asnos á la fuente.

—¿Cuánto va á que cargo con uno de esos burros? exclamó Silvestre.

—¿Cuánto va que no? replicaron los que le oyeron.

—Un carnero y arroba y media de vino.

—Apostado.

Y esto diciendo se dirigió Silvestre hácia la recua, detuvo á uno de los burros, se metió debajo de él, le asió por las patas delanteras y enderezándose un poco sobre sus piernas atravesó la plaza de extremo á extremo, llevando al burro sobre sus espaldas.

—Bien por Silvestre!!! exclamaron los mozos del pueblo soltando unánimes carcajadas.

Y Silvestre ganó la apuesta.

Como estas hazañas habia hecho Silvestre otras muchas que fuera prolijo enumerar, y todas las cuales le hacian pasar en el pueblo por uno de los jóvenes mas brutos que habia en él: pero Silvestre era rico, estaba enamorado de Luisa y á los padres de esta les importaba muy poco su brutalidad.

Luisa sin embargo no podia acceder en manera alguna á las exigencias de sus padres con respecto á este particular, y pasaba las noches de claro en claro llorando su desventura y acordándose de Ceferino.

Mateo y Matea se habian hecho no obstante muy ambiciosos y deseaban á tódo trance llevar á cabo el enlace de su hija con Silvestre.

—¿Qué te parece que hagamos? decia aquella fijando una mirada escrutadora en el rostro de su marido.

—Qué hemos de hacer? Tomar consejo del señor Cura.

—Tienes razon; quizá el señor Cura nos ayude á salir de nuestro apuro.

—Pero y si Luisa no hace caso de sus palabras?

—Cómo, mujer! ¿Crees que Luisa fuese capaz de desobedecer...

—Tú no sabes lo que puede el amor. Acuérdate si no de nuestra boda.

—Es verdad; tambien hubo pasos de comedia, y no seria extraño que Luisa...

—Todo puede suceder y es preciso que nos preparemos.

Y Mateo y Matea, que como hemos dicho al principio de nuestro artículo, eran dos personas distintas y un solo individuo verdadero, salieron una tarde por los alrededores del pueblo, y echando por aquellos trigos de Dios (que por aquella época mas bien parecian del diablo, tal era el lastimoso estado en que se encontraban) se decidieron á reflexionar un poco acerca del asunto.

—Silvestre, decia Mateo para su coleto, es un pobre muchacho que sabe uncir las mulas tan bien como el primero y que hace un surco tan derecho como una vela sin tocar siquiera al pelo de las mu-

© Biblioteca Nacional de España

las: es verdad que aun no tiene muy sentada la cabeza, y si yo no tercio en el asunto es muy posible que cualquiera noche suba un poco alegre de la bodega y maltrate á mi pobre Luisa. ¡Oh! si tal supiera... pero no, no; Silvestre es un pobre muchacho, honrado á carta cabal y muy trabajador, y no creo yo que á mi hija la maltrate... Cuánto lo sentiria! Porque ese diablejo de Ceferino no es por fin *mas que un pobre boticario que ha gastado el poco* dinero que tenia en rellenar sus botes de píldoras y ungüentos. Silvestre por fin tiene alguna cosa, un par de mulas siempre valen 6.000 rs., los avios de labranza y sus tierras están tasados tambien en buena cantidad, y aun cuando no tuviese mas que la huerta, siempre su par de mulas vale tanto como la botica de Ceferino.

Matea á la vez hacia tambien sus juiciosas observaciones y adhiriéndose en un todo á las palabras de su marido solo añadia frases como esta.

—Ese diablo de Ceferino tiene trastornado el juicio á mi pobre chica y me temo que si á tiempo no tomamos las medidas, no podremos conseguir que se case con Silvestre. Pero y bien mirado ¿qué mejor boda puede hacer? Verdad es que nosotros la daremos en dote el olivar del Alto, el majuelo del Sotillo y algunas tierrecillas; pero tambien Silvestre ha heredado de su tio, y lo cierto es que tiene labor para dos pares de mulas. Vaya, vaya; no hay remedio: ó se casa con Silvestre ó no se casa con nadie. Pues no faltaba mas sino que ese Ceferino viniese ahora con sus manos limpias y se la llevase de mi casa; porque tiene cuatro botes de ungüentos y sabe despachar recetas... No, no; ó *se casa con Silvestre ó muere soltera. En vida de* su madre no se casará con nadie, lo aseguro.

Y Mateo y Matea despues de reflexionarlo mucho se dirigieron hácia la casa del señor Cura, á quien despues de saludar con el mas profundo respeto, le hicieron presente el objeto de su visita.

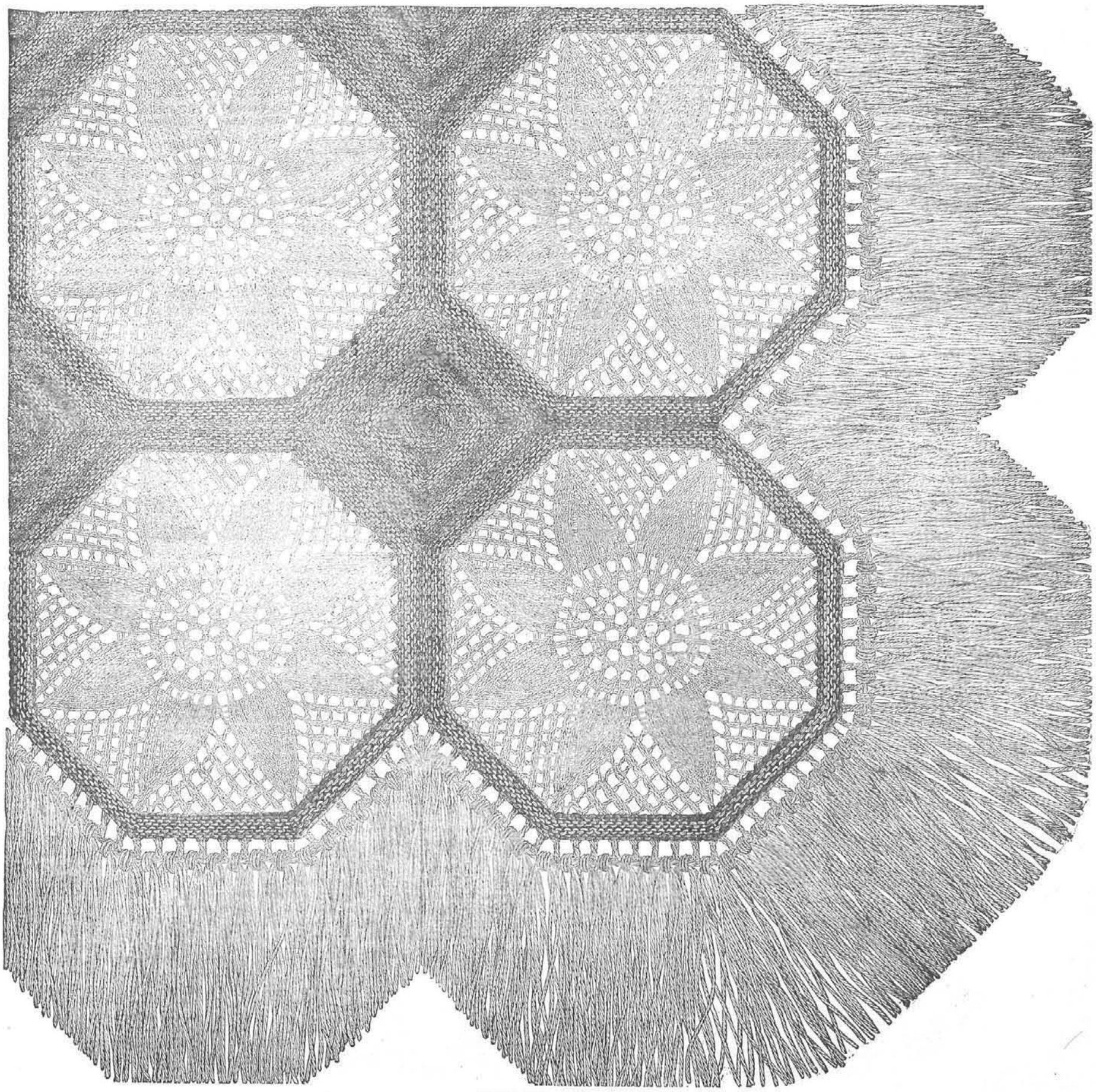
El eclesiástico los oyó con suma benevolencia y despues que hubieron concluido, les expuso con toda la franqueza que le era característica, lo único que en asunto de tal naturaleza podria hacer en su obsequio, á saber: dar unos cuantos consejos á Luisa exhortándola á que obedeciese en todo y por todo á sus padres: leerle algunos capítulos del Evangelio en los que los Apóstoles aconsejan la humildad; pintándola con los mas negros colores los tristes resultados que trae consigo la desobediencia, y en una palabra, disponer su ánimo por medio de palabras cariñosas á escuchar los consejos de sus padres en una cuestion de tanta trascendencia como la del matrimonio. El señor Cura, sin embargo, no se comprometió de modo alguno á aconsejar á Luisa á que abandonase á Ceferino por casarse con Silvestre; esto ya, segun el venerable eclesiástico, estaba fuera del dominio de la conciencia, y el obrar de otra manera en su concepto seria traspasar *los límites de su deber.*

Mateo y Matea se dieron por satisfechos con las explicaciones del eclesiástico, y le rogaron por Dios que pusiese en práctica cuanto antes lo que habian escuchado de sus labios.

Hízolo así el eclesiástico al dia siguiente; pero de nada sirvieron sus exhortaciones. Luisa permanecia en sus trece y no habia fuerzas humanas para convencerla de que lo que sus padres la aconsejaban era lo que la convenia.

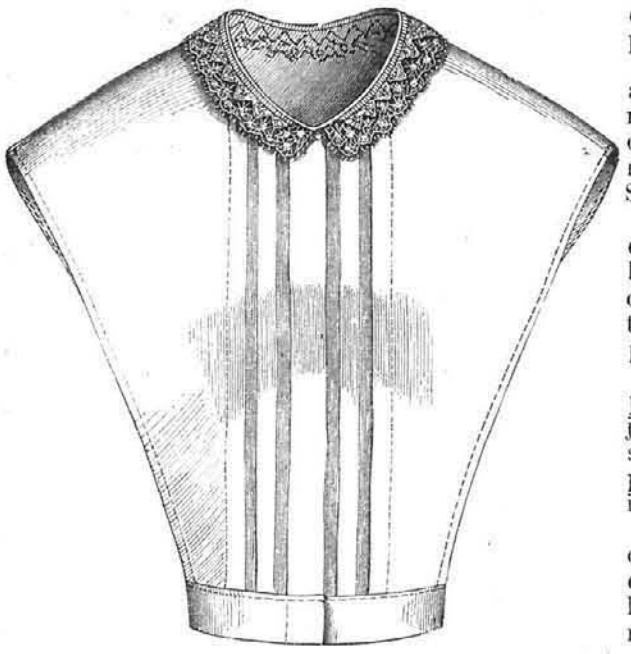
Y en verdad que los padres de Luisa se equivocaban en esta ocasion como suelen equivocarse á veces algunos padres, cuando tratándose de asuntos de tamaño tal, solo atienden á la cuestion metálica.

El eclesiástico se convenció por fin de que su mision respecto al particular habia concluido y Mateo y Matea se entristecieron al saber el resultado.



COLCHA PARA CAMA.

© Biblioteca Nacional de España



CUELLO DE LIENZO CON SOBREPUESTO DE GUIPUR.

—No te casarás con Ceferino, dijeron á un tiempo á la pobre Luisa, que lloraba amargamente en un rincon de la cocina.

—No te casarás, no; añadió la madre enfurecida; te juro por el nombre que tengo que antes te meto á monja que casarte con ese lechuguino de corbatin apretado. Bien dice el refran «que estudiante perdulario, sacristan ó boticario,» y bien perdulario que es el tal Ceferino. Pues hombre! no faltaba mas sino que la única hija que Dios me ha dado se fuera á casar con el que vende ungüento y cuando la pretende un hombre de tanto caudal y tan honrado como Silvestre. Como si no hubiese hombres en el mundo! pues buen bodorrio ibas á hacer!

—Pero, madre; decia la chica temblorosa: si yo no tengo empeño en casarme con Ceferino; si lo que yo digo es que no quiero á Silvestre...

—Calle la mocosa; pues hombre... todavia...

—Digo mal?

—Que calle V.

—Pues yo no quiero casarme con Silvestre. Los hijos tienen voluntad para casarse con quien quieran, no siendo una boda descabellada.

—Pues V. no la tiene; se acabó.

Y tanto Matea como Mateo se enfurecian con su hija al tratar de esta cuestion.

La pobre Luisa se retiraba desconsolada enjugándose las lágrimas con la punta del delantal, y de este modo acababan siempre las cuestiones relativas á su matrimonio.

Quiso el diablo sin embargo, porque tambien el diablo se complace algunas veces en ayudar á los mortales; quiso el diablo, decimos, ayudar á Luisa á llevar á cabo su pensamiento y fué del modo siguiente: — Matea acostumbraba todas las noches antes de acostarse á rezar en una ermita que se hallaba en las afueras del pueblo y en cuyo soportal se veia la imágen en madera del santo tutelar de la villa.

Allí iba Matea todas las noches, y allí tambien acudia Mateo todas las mañanas.

Tenian tal fe los vecinos del pueblo en aquella imágen, que era creencia general la de que todo cuanto se le pedia otorgaba el bendito santo.

Ceferino habia sabido que los padres de Luisa iban á rezarle porque les concediese arreglar el matrimonio de su hija conforme deseaban, é ideó una diablura para conseguir su intento, ó lo que es lo mismo para desbaratar el casamiento de Luisa con Silvestre.

Eran poco mas de las nueve de la noche, hora en que los murciélagos abandonaban el campanario de la Iglesia para hacer sus expediciones nocturnas en caza de mosquitos, cuando la madre de la desventurada Luisa se encaminó hácia la ermita del santo patron.

En el camino tropezó tres veces, otras tres veces, pasó un murciélago á su lado rozándole en las cejas con la punta de las alas; á la llegada á la ermita se la figuró ver una sombra en el portal y en una palabra; Matea temblaba al arrodillarse ante la imágen.

—Santo patron!—exclamó despues de rezar dos oraciones procurando hacerse superior al miedo que la dominaba. ¡Santo patron! Angel custodio de la villa! consuelo de madres desgraciadas! haz que mi hija olvide á Ceferino.

—¡Imposible!—exclamó una voz hueca y sonora que pareció salir de la boca del santo.

Matea tembló, y el eco que resonaba en los cóncavos ángulos de la ermita, repitió distinta y pausadamente aquella fatídica palabra.

La madre de Luisa temblorosa y agitada, trató de sobreponerse á la terrible emocion de que era presa, y dirigiéndose al santo en actitud suplicante continuó:

—¡Viva imágen de San Críspulo! luz eterna de almas extraviadas! haz que mi hija se case con Silvestre.

—Imposible! —volvió á repetir aquella misteriosa voz mas alto que la vez primera.

Matea se puso pálida y sudaba como un calenturiento. Hizo no obstante otro esfuerzo y besando el suelo de la ermita exclamó:

—Pues cuál es tu voluntad, santo bendito? No quieres que se case Luisa?

—Sí,—contestó la voz en tono imperativo.

—Y con quién?—volvió á preguntar Matea como dominada por una horrible congoja.

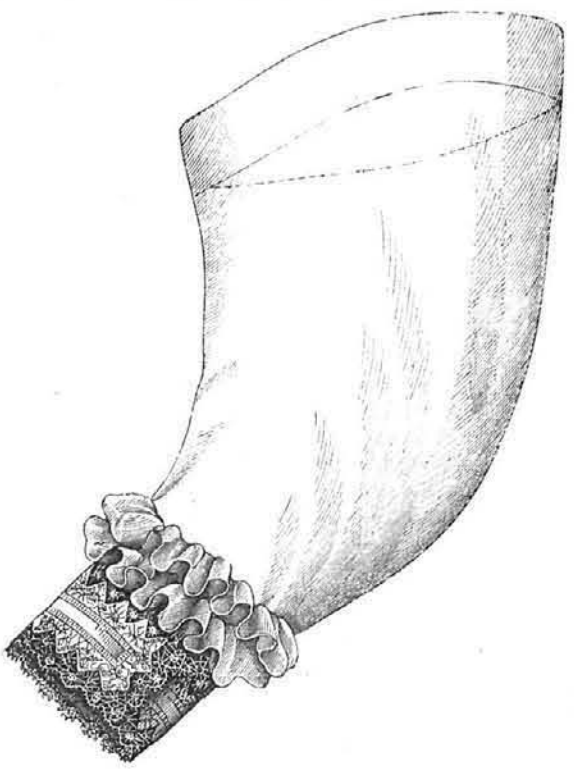
—Con Ceferino.

Y el eco repitió tres veces en las bóvedas de la ermita: Ceferino! Ceferino! Ceferinoooo!...

La madre de Luisa no pudo resistir mas y cayó al suelo desmayada.

Pasados los primeros instantes de aquella especie de fiebre nerviosa que la dominaba, Matea entreabrió sus amortiguados ojos, y vió delante y como á unos veinte pasos de distancia una especie de *fantasma blanco* que poco á poco fué desvaneciéndose, hasta que por fin se perdió en las tinieblas de la noche.

Dice un refran que nuestros lectores habrán oido muchas veces que los fantasmas amedrentan mas de lejos que de cerca; y en verdad que algo de esto debió pasar á la pobre Matea cuando llegó al pueblo mas muerta que viva, sin saber siquiera si la sombra que habia visto era sombra ó realidad, ó era algun chusco del pueblo que quiso divertirse á costa de su excesiva candidez. Pero fuese sombra verdadera ó fuese un alma viviente la que con tanta cortesía y en tono tan misterioso habia contestado á Matea, el hecho es que la madre de Luisa temblaba de piés á cabeza, y abrazándose á su marido no acertaba á pronunciar una palabra volviendo la vista atrás.



MANGA QUE ACOMPAÑA AL CUELLO.

Pasaron por fin los primeros instantes de la angustia y la madre de Luisa exclamó:

—Mateo! Mateo!

—Qué tienes? —decia este confuso y aterrado.

—Mateo! Mateo!—continuaba ella temblorosa.

—Pero qué tienes, mujer?—repitió el marido.

—Una vision! Una vision!

—Pero qué vision ni qué ocho cuartos! dónde has visto esa vision?

—En la ermita! en la ermita!

—Y cómo era?

—Blanca! blanca!

—Y hablaba?

—Sí, sí, hablaba!

—Y qué decia?

—Que se case Luisa con Ceferino.

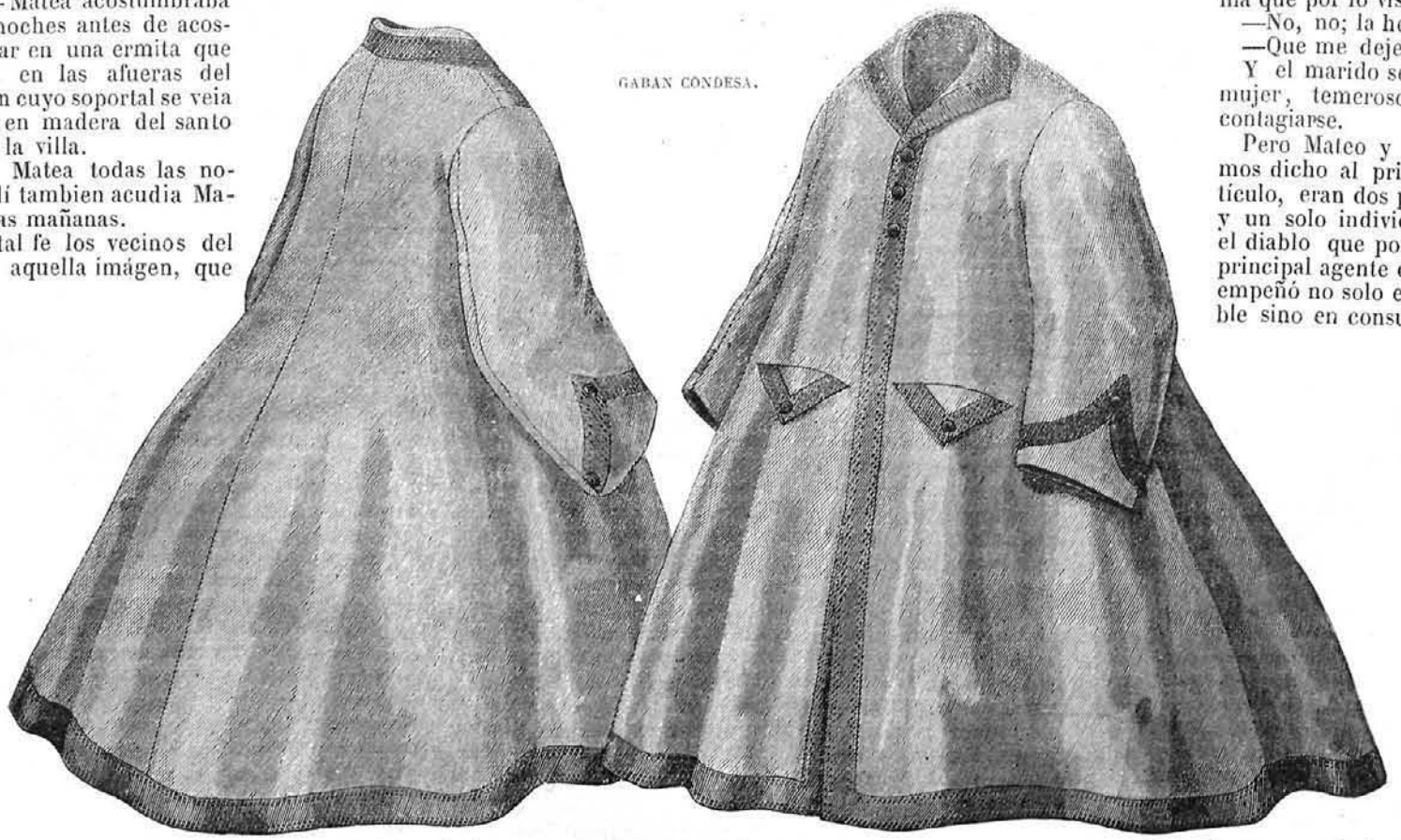
—Vaya, vaya, déjame de tonterías y vete á la cama que por lo visto estás soñando.

—No, no; la he visto, Mateo!

—Que me dejes en paz, Matea.

Y el marido se apartaba de su mujer, temeroso al parecer de contagiarse.

Pero Mateo y Matea, como hemos dicho al principio de este artículo, eran dos personas distintas y un solo individuo verdadero, y el diablo que por lo visto era el principal agente de este drama, se empeñó no solo en hacerlo palpable sino en consumar su obra en



GABAN CONDESA.

© Biblioteca Nacional de España

contra de Silvestre por favorecer á Ceferino.

Y que á Ceferino prestase ayuda el mismo diablo no debe parecer estraño si se tiene en cuenta que los farmacéuticos tienen algo de demonios y sus bálsamos y confecciones mucho de brujería.

Que Silvestre se tiraba de los pelos al ver que Luisa no le correspondia, cosa es que no hay para qué mentarla porque se cae de su propio peso; que á Matea no se la quitó el susto en tres semanas tampoco es cosa que merezca repetirse; y que Mateo entró tambien en aprensiones á nadie se le oculta; pero lo que sí es menester decir, aunque ya nuestros lectores lo habrán adivinado, es que la voz misteriosa de la ermita, aquella voz que parecia salir de la boca del mismo Santo, no era tal voz sobrenatural, ni el patron de la villa habia pensado jamás en hablar de tal asunto. Aquella voz era la misma de Ceferino, quien cubierto con una sábana á guisa de sudario y oculto detrás del Santo, contestaba á las preguntas de Matea del modo mas conveniente para lograr sus fines.

Corrió la voz por el pueblo de lo que á la madre de Luisa le habia acontecido, y achacándolo todos á un milagro, aconsejaban á Matea que casase á su hija con Ceferino.

Mateo se oponia como es consiguiente á semejante enlace, porque al fin y al cabo Silvestre tenia labor para dos pares de mulas, y Ceferino no era mas que un simple boticario.—Matea se oponia tambien por las mismas razones que su esposa, y en una palabra, Luisa y Ceferino tenian muy pocas probabilidades en pró de su casamiento.

Pero tanto y tanto fué lo que se habló en el pueblo acerca del *fantasma blanco*, tantas y tantas fueron las consejas que con este motivo se refirieron, acudiendo para ello hasta á las turbias fuentes de la historia de la villa, que el mismo cura tuvo que tomar cartas en el asunto, y salir por las noches á conjurar á la vision, siquiera la vision se hiciese invisible hasta para los hombres de mejor vista del lugar.

Algunos vecinos del pueblo no tan meticulosos ó menos preocupados, salieron tambien en busca del fantasma armados de escopetas, hachas, azadones y hasta rabos de sarten. El fantasma, sin embargo, permanecia impertérrito en sus trece á no muy larga distancia de sus perseguidores, y ó fuese que aquellos valentones tuviesen tambien miedo, ó fuese que el fantasma tuviese en realidad algo de asombroso, el hecho es que nadie se atrevia acercarse á él, ó lo que es lo mismo, que ninguno se determinaba á ponerle el cascabel al gato.

Hubo no obstante algun jóven decidido, que despues de cargar bien su escopeta y entretenerse en hacer la puntería, quiso matar de un tiro á la vision; pero el tiro no salió, y esto dió nuevo pié para que las viejas del lugar achacasen á maleficio este incidente.

Infinitos fueron los comentarios que se hicieron acerca de este asunto, y la casa del boticario se veia asediada por el dia de curiosos, que presumian si tendria algun contacto con el diablo; desde entonces los enfermos no querian tomar sus medicinas temerosos de embrujarse, y todo el pueblo en fin, estaba alborotado.—Convocó por último el alcalde al ayuntamiento para ver de tomar alguna medida acerca del fantasma y ya se hallaban casi decididos á implorar del capitan general el auxilio de la fuerza armada, cuando el novio desairado por Luisa, el hombre mas forzudo del lugar, el mejor tirador de barra que habia en todo el pueblo, el que por apuesta habia cargado en Nochebuena con un burro, el buen Silvestre, en fin, se presentó en la casa de villa y solicitando que le oyese el ayuntamiento prometió acabar con el fantasma, ayudado no mas que de un garrote.

Concedióselo de buen grado el permiso para llevar á cabo su terrible empresa, y á las ocho de la noche, hora en que Silvestre iba á salir en busca de la vision, toda su casa se hallaba rodeada de curiosos que deseaban ser testigos de su arrojo y valentía.

Salió por fin Silvestre; el fantasma se paseaba como de costumbre por los alrededores de la ermita, y todo el pueblo acompañó al valiente mozo hasta las afueras del lugar.

Silvestre, armado de su gran garrote, se dirigió al fantasma, avanzó unos cuantos pasos hácia él, y cuando ya le tuvo cerca levantó el garrote en actitud amenazante; pero cayó al suelo como herido por un rayo y antes de descargar el golpe.

El fantasma lanzó sobre él una saeta de fuego y la atmósfera quedó como impregnada de un olor á azufre insoportable.

Todos los curiosos que habian acudido á presenciar el combate de Silvestre con la vision huyeron despavoridos, y al dia siguiente no se hablaba de otra cosa en el pueblo que de la bocanada de fuego y el olor á azufre que despidió el fantasma.

Silvestre estuvo en cama unos cuantos dias á consecuencia del susto y repuesto algun tanto de su enfermedad se presentó á los padres de Luisa y les dijo que habia desistido de su intento, y que ya no queria casarse con ella.

Preguntáronle la causa de su nueva resolucion y se escusó como pudo sin dar su brazo á torcer, ó lo que es lo mismo sin declarar que le habia hecho cambiar de propósito la derrota que el fantasma acababa de hacerle sufrir.

Matea y Mateo se entristecieron y no rompieron á llorar por no demostrar tambien el gran sentimiento que les causaba la noticia de Silvestre.

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

TRAGE DE CACHEMIRA AZUL ACIANO.—Lo bajo de la enagua va guarnecido por un volante encañonado de tafetan negro de 4 centímetros de ancho, sobre el cual corre una cinta de tafetan negro de dos centímetros. En las cuatro costuras de los paños de delante esta guarnicion sube por espacio de veinticinco á treinta centímetros describiendo dos festones con la misma guarnicion, pero la cinta forma dos lazos planos sujetos por un boton. Corpiño entreabierto por delante sobre una camiseta con chorrera y formando faldetas muy pequeñas. Mangas con hombreras guarnecidas como la enagua. Sombrero de paja de Italia guarnecido de plumas.

TRAGE DE TAFETAN VERDE IMPERIAL.—Lo bajo de la enagua lleva unos medios cuadros de tafetan negro guarnecidos de guipur estrecho. En el lado izquierdo, estos cuadros enteros, suben hasta el talle disminuyendo proporcionalmente. Corpiño abierto, guarnecido, así como las mangas, con medios cuadros semejantes á los de la enagua.

Conformáronse por fin, como no podia menos de suceder, y pasados algunos dias en los que se lamentaron amargamente del terrible revés que acababan de sufrir sus planes, Mateo y Matea se decidieron á su tiempo á pensar un poco en la suerte de su hija.

—Qué hacemos? dijo Mateo.

—Qué hacemos? exclamó al mismo tiempo Matea.

—Yo creo que casarla: añadió el marido.

—Eso mismo pensaba yo; replicó Matea,—¿pero con quién?

—Con quién ha de ser? Con Ceferino.

—Justamente, así lo habia yo pensado.

—Así como así, la chica no piensa mas que en él...

—Y sobre todo, el santo me lo dijo.

—Qué santo ni qué calabazas!

—Es decir que tú no crees....

—Vaya, vaya, déjame en paz; que se case con el boticario y al avío.

—Es verdad; así tendremos medicinas de balde cuando se nos ofrezcan.

Dos dias despues el pueblo entero acudia á pre-

© Biblioteca Nacional de España

senciar la boda de Luisa con Ceferino.

Este decia á la hija de Mateo la noche de novios:

—Qué te parece? salió bien la trama?

—Perfectamente: contestaba Luisa sonriendo; pero cuidado con que sepan que eras tú el fantasma.

—Qué bien estuvo lo del azufre!

—Oh! Silvestre se atontó; yo no pude ménos de reirme cuando me lo contaron.

—Pues y tu madre, cuando pensaba que mi voz era la del santo?

—Calla, calla, que las paredes oyen.

Y la alcoba de los novios quedó sumida en el mas profundo silencio.

LAS MUJERES DE NUESTRO SIGLO.

CARTAS DE TRES AMIGAS

POR

MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Véanse los números 25, 29 y 34.)

III.

Al dar las siete, estaba Pascual al dia siguiente en casa del señor Marcial llevando en el bolsillo el pedacito de pan negro que constituia su alimento diario.

Era invierno y aun habia poca luz porque la mañana estaba lluviosa.

Sin embargo, ya se oia á Teresa *batallar* con sus hermanitos pequeños, engañar al uno y acariciar al otro, prometiendo al mas chico, si se dejaba lavar la cara, que mamaria de la cabra negra.

El chico habia sido amamantado por una cabra y era mas saltarin y revoltoso que su nodriza.

— Padre, ¿qué hacemos de este codujo? (a) preguntó al señor Marcial su hijo mayor señalando á Pascual.

—Recojerlo y que no pase hambre ni frio, contestó el alcalde: darle las herramientas y que las lleve.

Pascual fué cargado con algunos útiles de labranza, y Marcial, sus hijos y su protegido echaron á andar hácia el campo.

Un mes mas tarde, ninguno de aquellos hombres fornidos hubiera podido pasarse sin Pascual que era el *corre-ve-dile* de todos ellos y además un modelo de paciencia y sumision.

Pasaron diez meses mas y en vez de ser el correo de todos se hizo un trabajador en miniatura lleno de ardor y de aplicacion.

La miseria, unida á un carácter lleno de ternura y de nobleza, habia educado á aquella criatura que adoraba á toda la familia del alcalde que, á su vez, adoraba á Pascual.

Poquito á poco la abundancia y el bienestar, que tan lejos se hallaban de casa de la viuda de García, fueron llegando á ella, gracias al cariño que el señor Marcial y su esposa profesaban á su protegido.

La buena Lucía no cesaba de enviarles comestibles.

Ya era un saco de trigo, ya otro de legumbres, ya una pieza de tocino, ya un poco de aceite.

Por su parte, la pobre viuda sabia agradecer aquellos beneficios.

Lavaba, cosia, se llevaba á su casa algunos ratos á los pequeñuelos para que Teresa descansase, y se hubiera dejado sangrar por cualquiera de la familia de Marcial.

¿Qué mucho si se trataba de la suerte de su querido y único hijo á quien habian libertado de la mas atroz miseria?

Una mañana se hacia colada en casa de la alcaldesa y esta se hallaba mala y estaba agobiada con la idea de aquella faena tan pesada: llegó la viuda y le obligó á sentarse, trabajando ella en todo y cuidando de las muchachas.

—Viuda, dijo la alcaldesa, se me ha ocurrido una cosa.

—Y qué es, señora? preguntó la madre de Pascual.

—Que podias cerrar tu casa, traerte los trastos y vivir aquí: yo estoy cansada de cuidar de todo: las chicas se van haciendo mozas y hablan con los novios hasta que no pueden mas porque se fian en mi sordera: los chicos toman dinero del arca cuando se les antoja porque su padre les deja hacer todo lo que quieren, y le tienen el mismo miedo que las gallinas al trigo: además, la pobre Teresa está hecha un azacan con esos chicos, que me la tienen delgada, sobre todo, el que crió la cabra que no se puede con él: aquí falta una mano que gobierne perque la mia vá siendo vieja, y necesita descansar: con que vente aquí con el chico y me ayudarás á llevar la carga.

La viuda sintió en el alma dejar su casita oscura y triste como era; porque el rinconcito de la casa, por miserable que sea, tiene un indecible encanto para las mujeres honradas y hacendosas; pero se trataba del descanso de su bienhechora y no dijo una palabra que no fuera para asegurarle de nuevo toda su gratitud.

Al dia siguiente, puso en un arca lo mas preciso para Pascual y para ella, y se fué á casa del alcalde, cerrando su casita y guardando la llave con gran cuidado: ni un solo trasto quiso mover de su sitio.

La casa del alcalde tomó á los pocos dias un aspecto de órden que jamás habia tenido.

La viuda manejaba á todos con la misma facilidad que si fueran criaturas.

Las dos chicas mayores eran muy aficionadas á *paliquear* á la puerta de la calle, y la de mas edad—que no pasaba de los diez y siete años—se habia encaprichado de un muchacho calavera, pendenciero y mal trabajador.

—Hija, le decia la viuda, es un dolor que ese hombre te haya sorbido el seso: no tiene un cuarto, ni sabe ganarlo y te matará á pesadumbres; mira que yo sé de tres chicas que le han despedido: y luego, no se quiere casar, sino pasar el tiempo.

La muchacha oia estas palabras, como quien oye llover; pero á los pocos dias de ver la viuda que seguia en sus trece, añadió otras reflexiones á las pasadas.

—Mira, hija, le dijo una noche, tu madre llora y se desespera al ver que sigues hablando con ese hombre: cásate con él si así te acomoda: pero no la mortifiques: en vez de hablar por la puerta, hablad por la ventana; entonces cerraré yo la puerta y diré que te tengo ocupada.

Adoptóse esta medida; pero la viuda halló el medio de hacer que los hijos de Marcial dijesen al galan que si le veian rondando la casa probaria sus garrotes; y como por otro lado la viuda conseguia entretener á menudo á la muchacha y dar excelentes plantones al novio, este, que no la queria de veras, desistió de enamorarla y se dirijió á otra parte.

Los principios de órden se extendieron igualmente á todos los demás de la casa: la viuda, con blandura, con buenos consejos ó con alguna intriguilla, hallaba medio de conseguir sus fines y de que todos hicieran su gusto que era siempre conforme con lo razonable.

Todos la querian en casa y la alcaldesa tenia un descanso tan grande que le parecia hallarse en el cielo.

Pero no obstante esta ventaja, ó quizá á causa de ella, la buena Lucía se vió acometida de una dolencia aguda.

Tanta inaccion, despues de tanta actividad, perjudicó á su salud, y sus hijos la vieron descender rápidamente al sepulcro despues de algunos dias de enfermedad.

El mismo dia de su muerte llamó por la mañana á su marido y le dijo que se sentase á la cabecera de su cama.

El buen Marcial, cuyos ojos no se secaban hacia ya muchos dias, y que no abandonaba la alcoba de la enferma, obedeció á su deseo y se sentó donde ella le indicaba con su mano descarnada y ya casi fria.

—Marcial, dijo la pobre Lucía con voz débil: no llores así... me desconsuelas... y tengo que hablarte para darte un encargo...

El alcalde reprimió los sollozos y las lágrimas para que su esposa no las viese correr por su semblante, antes tan rollizo y encendido, y desde la enfermedad de esta abatido y adelgazado.

—Mira, Marcial; prosiguió Lucía: tú eres muy bueno... tan bueno que esta casa, faltando yo, marchará sin velas ni timon como nave abandonada... solo hay una persona que la pueda dirijir como es debido... y á la cual... como si Dios me hubiera dicho lo que iba á suceder, he llamado para que la gobernase hace algunos meses...

Detúvose la pobre Lucía para tomar aliento, y luego prosiguió, no sin un esfuerzo penoso:

—Esa persona... ya sabes quién es... Isabel la viuda de García... pero como aun es jóven... y no mal parecida... y como tú no eres viejo, la gente hablará si no os casais...

Marcial hizo un enérgico gesto de negativa y reprobacion y volvió á dejar correr su llanto.

—Debes casarte con Isabel; hazlo por nuestros pobres hijos, Marcial, prosiguió Lucía: ellos la quieren... están acostumbrados á sus buenos modos, al arreglo que ella les tiene... los pequeñitos extrañarian su salida, y los grandes tambien... te cuidará, te querrá, hará prosperar la casa y estareis bien... no quieras que me vaya con el desconsuelo de dejaros sin quien mire por vosotros y de dejar la casa sin una persona que la gobierne!..

El alcalde se enjugó los ojos y acercando los labios al oido de su esposa, le dijo con expresion de cariño y de tristeza:

—Lucía, no me obligues á prometerte semejante cosa: Dios me arrebata tu compañia y no quiero otra! Isabel seguirá gobernando la casa, y para esto no es menester que ocupe tu lugar en ella: ese lugar estará vacio mientras yo viva.

—Isabel es honrada... respondió la moribunda cuyo semblante descompuesto expresó un agudo dolor: conocerá, lo que yo te digo, que no parece nada bien que viva en casa de un viudo... que no es viejo y se volverá á la suya... y entonces... mis pobres pequeñuelos...

—Que los cuiden sus hermanas mayores, dijo Marcial: ya es hora de que sepan.

—Y cuándo ellas se casen? Aun serán los niños muy chicos! Y qué te harás tú con tantos? Porque Isabel se irá... se irá.... No lo conoces?

Marcial miró á su esposa con aire perplejo.

—No quieres que me vaya desconsolada? preguntó esta: tú, qua nada me has negado nunca, me niegas lo que te pido á la hora de la muerte?

Marcial iba ya á responder que haria lo que ella deseaba: pero su dolor fué tan violento, que su cabeza se desvaneció y aquel hombron colosal cayó sin sentido al suelo.

Sus hijos le sacaron de allí y poco despues la buena Lucía lanzó el último suspiro.

Pero algunos momentos antes la moribunda, teniendo abrazado á su hijo mayor, murmuró á su oido estas palabras:

—Hijo no puedo hablar á tu padre ya... pero oye tú un encargo mio... así que tenga Teresa diez y seis años, que se case con Pascual: díselo á tu padre y haz porque esto se cumpla....

—Así será, madre; respondió el jóven.

—Me lo ofreces?

—Sí, señora.

—Bien! me voy descansada porque sé lo que vale tu palabra y que respetarás la voluntad de tu madre.

Luego murmuró para sí.

—Marcial no se casará... lo sé... me ha querido demasiado para eso... pero á lo menos, ataré á Isabel á mis hijos, ya que no con los lazos del matrimonio, con el único que he podido!... Teresa y Pascual me bendecirán, porque se quieren!...

Lucía pidió despues que entrasen todos sus hijos: á todos les abrazó, los bendijo y les dirijió un santo y último consejo, mandándoles que obedeciesen siempre á su buen padre; y rodeada de todos aquellos queridos y dulces rostros exhaló el postrer suspiro.

¡Feliz la madre que así deja la tierra para volar al cielo, donde le espera la corona destinada á sus virtudes!

IV.

Marcial estuvo muy enfermo y no pudo recojer el último aliento de su esposa, lo que lloró durante toda su vida.

Habia amado á su mujer con un cariño ardiente, inalterable: Lucía habia sido siempre para él la bella y casta jóven á quien llevó al altar cuando contaban ella diez y siete y el veinte años.

Los ojos de su amor no la habian visto envejecer ni perder sus atractivos: quedó sorda de resultas de uno de sus partos, pero Marcial no habia notado jamás la falta de su oido: Lucía oia muy bien á su marido sin que este levantase la voz, porque le escuchaba con el corazon.

Ni una alegría, ni un pesar habia tenido en su vida que no compartiese con su mujer, en cuyos labios siempre hallaba una sonrisa amiga y consoladora.

Dos meses despues del dia en que el cuerpo de Lucía fué depositado en su postrer morada, el viudo reunió á toda la familia en la sala conyugal, á la que habia mandado le transportasen no bien salió el cuerpo de Lucía: al verse rodeado de aquella tropa enlutada, el pobre padre abrió los brazos como si todos los que tenia delante hubiesen cabido en ellos.

Casi á todos cojieron porque los brazos de Marcial eran muy grandes y aquel dia los hacia mayores el amor paternal: los chiquitos que se quedaban detrás fueron levantados por los mayores y cada uno halló su parte de lágrimas y de caricias.

—Hijo mio, dijo Marcial á uno de los muchachos ¿está en casa Isabel?

—Sí señor, padre, respondió el preguntado.

—Vé y dile que haga el favor de venir.

Un instante despues volvia el enviado con la viuda.

La buena mujer vestia tambien de luto riguroso: su figura, aun agradable y simpática, demostraba una tristeza profunda: al ver á Marcial y á sus hijos reunidos echó á llorar.

—Isabel, dijo el viudo engujándose los ojos, es necesario que hable yo con V. y ha de ser en presencia de mis hijos: sosiéguese V. pues y óigame con calma.

Lucía, pocas horas antes de volar al lado del Señor, me llamó y me dijo cuánto era su dolor por no poder dejar una persona al frente de su casa y al cuidado de sus hijos: para remediar este mal, me aconsejó que me casara con V., porque sabia gobernarlo todo tan bien como ella.

El viudo, que bajo su apacible corteza ocultaba gran talento, paseó una mirada por todos aquellos jóvenes semblantes; en ninguno de ellos halló el rastro mas leve de impaciencia ó de dolor.

Los muchachos tenian defectos de carácter; pero amaban de tal suerte á su padre que no concebian la posibilidad de oponerse á su voluntad.

—Isabel, prosiguió el viudo: aunque mi pobre mujer me instó mucho para que le prometiese casarme con V., yo sé que lo hacia por mi interés y el de sus hijos... y que será mas dichosa en el cielo, viendo su sitio vacío, que viéndole ocupado por otra mujer, aunque esa mujer sea V... así pues, Isabel, yo no volveré á casarme: el sitio de mi Lucía en la mesa y en todas partes quedará desocupado... ni mi hija mayor se sentará en él... solo le ocuparán mis ojos y mi pensamiento... así lo quiero y así se hará!

Marcial, al acabar de pronunciar estas palabras, se vió abrazado por seis de sus hijos: eran los mayores: en aquellos corazones no habia habido lugar para el enojo: pero habia entrado á paso largo la alegria.

—Tiene V. razon, señor Marcial, dijo Isabel: V. no debia volverse á casar... aquella santa mujer bien merece que se respete su memoria... y lo que es por mí, jamás me hubiera atrevido á ocupar el sitio de mi bienhechora y la de mi hijo!

—Ya sabia yo que era V. una honrada mujer, dijo el alcalde, y por eso le voy á hablar como se merece.

(Se continuará.)

(a) Pequeño, renacuajo.

UN AÑO DE MATRIMONIO.

POR

EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

—Pues á mi, madre mia, no me sucede así, padezco siempre, tengo siempre un combate en mi corazon, y cómo no, cuando he cubierto de oprobio tu venerada ca-

© Biblioteca Nacional de España

beza! ¡Oh! no, la culpa no es tuya; he sido educada santa y *castamente.. y sin embargo... ¡madre mia! es un* sueño horroroso, pero que no se desvanece por la mañana como los otros sueños... ¿Quién me consolará?

—Hija querida, verás que cuando hayas sobrellevado largo tiempo tu pesadumbre, te pesará menos, no te sublevarás contra tu dolor como haces ahora. Los años apaciguarán ese gran combate de tu corazon, y entonces viviremos como antes, hija mia, sosegadas y dichosas; hasta entonces soporta tu pena y tu falta; sufre las miradas desdeñosas, las palabras ofensivas; pensemos en la expiacion, hija mia, no en la penitencia. Si supieran todas esas mujeres cuánto te hacen sufrir, no añadirian ese dolor á todos los que padeces.

—Quisiera creerlo así, pues en ese caso mi pobre corazon *renaceria quizás á la esperanza.*

—Y debe renacer, hija mia; piensa en Dios, en tu madre, en tu pura infancia, y podrás oponer un corazon valeroso á los insultos del mundo.

—Pero ¿porqué parece que se regocijan las personas con la pérdida y el dolor de uno de sus semejantes? Cuando yo aplasto en el polvo un insecto inmundo, jamás me gozo en las convulsiones de su agonía.

—María, no acuses de ese modo á tus hermanos; te diré que no se regocijan, sino que ignoran lo que hacen sufrir. Pecan por lijereza, son implacables por ignorancia. ¡Dichosos ellos si el fallo que echan á los demás no recae un dia sobre sus cabezas!

—¡Oh! no lo quiera el cielo, exclamó María con fervor.

—*Gracias, hija mia, gracias por ese deseo que* acabas de manifestar: el perdon rehabilita los corazones.

—Pero, y la vida de esa pobre criatura, ¿qué será madre mia?

—Antes de que pueda saber lo que es el desprecio, trata de apaciguar á los hombres, á fin de que no conozca su desden: pero sobre todo tratemos de inspirarla el santo valor que todos debemos tener para ganarnos la vida. Dime, ¿nadie ha tenido lástima de tí...

—Nadie, si no es aquel que siempre me reconoce: me ha saludado, aunque estaba con su jóven esposa.

—Ya lo pensaba yo, dijo la madre con inocente orgullo. ¿Y su mujer, que ha hecho? ¿No ha parecido extrañar que saludara á la que era objeto de tantos desdenes?

—Creo que habia ya habido entre ellos una explicacion acerca de mí, pues á la salida de la iglesia, y en el momento en que su coche pasaba junto á la tapia del campo santo, el coronel me suplicó, en nombre de su mujer, que los acompañara en el carruaje.

—¡Dios se lo pague! Y ella, ¿qué te parecia?

—¡Oh! es muy hermosa; jamás he visto una mujer tan graciosa y tan noble. Cuando se inclinó para ofrecerme un asiento, su rostro tenia una expresion tan suave y benévola...

—¡Quiera Dios que haga dichoso al coronel, y que todos los rumores que sobre ella circulan no sean mas que calumnias y mentiras! ¿Parece ser dichosa, en efecto?

—Yo estaba demasiado turbada para examinarla; pero sin embargo, en la iglesia, me pareció que estaba triste.

El ruido de un coche que se paraba en la puerta interrumpió la conversacion. María se levantó, para ir á ver, por entre las flores que adornaban su ventana, qué visita era aquella.

—¡Ah! exclamó de mal humor, esa malvada Elista... ¿qué nueva desgracia la trae aquí? Vendrá á hablarnos de ayer.

—Enjuga tus ojos, María, dijo la anciana, y siéntate en paz á tu labor. Que no observe tu turbacion; la dignidad en la desgracia consiste en ocultarla á todos. Nuestro *arrepentimiento* y nuestras lágrimas no pertenecen mas que á Dios; no hagamos testigos de tan triste espectáculo á los que se alegran de él ó nos desprecian.

Y dicho esto, se levantó para ir á recibir á Elista, á quien encontró en el umbral que llegaba muy engalanada y sin aliento.

—Buenos dias, amiga mia, hace una eternidad que no nos hemos visto; yo no sé cómo pasa el tiempo tan pronto sin que una tenga un rato para hacer nada ni para ver á nadie. Os saludo, señorita María; siempre tan guapa y tan trabajadora, no os movais que ya sé tomar un asiento.

Y afectando que no queria ver la cuna, se sentó de espaldas á ella como para no correr el peligro de encontrar *con sus ojos al hijo del pecado*, lo cual no habria podido menos de escandalizar su casta mirada.

—María, acércate la cuna, dijo la anciana queriendo manifestar que no se la habia escapado aquella intencion ofensiva.

—¡Ah! no habia notado, en mi afan de sentarme pronto, que teniais un mueble mas. A la verdad, soy de aquellas personas, como dice mi amiga Teresa Brunsberg, cuya boca calla lo que oyen los oidos, y cuya lengua no dice jamás lo que ven los ojos. Es muy necesario obrar así en ciertas circunstancias. ¿Supongo que el niño ó la niña está en buena salud?

—Sí, á Dios gracias, nuestro querido niño está muy bien, dijo su abuela.

—*Siempre es una ventaja ; pero, amiguita María*, permitidme que os manifieste la mucha lástima que os he tenido ayer. ¡Dios mio! ¡cuánto he padecido por vos en la iglesia! Al salir se lo decia á mi amiga Lehmann, que mientras duró el servicio no dejó de hacerme señas para que no os saludara. Yo la decia: Bien se vé que esa pobre jóven está turbada y conmovida.—Sí, me respondió, es muy cruel acojerla así, pero preciso es hacer lo que hace todo el mundo.

—¡Oh! sí, exclamó María, que se habia puesto encarnada como la grana, la gente es implacable.

—*Ya lo creo*, y parece que cada dia lo es mas, amiguita. Pero á propósito, ¿no sabeis la gran noticia que corre.

—No sabemos nada, y nos interesamos por tan pocas cosas, que las noticias que corren nos hallan siempre indiferentes, dijo la madre con tal sencillez que Elista se quedó un poco cortada.

Sin embargo, muy luego volvió en sí y prosiguió diciendo:

—¡Oh! pues lo que es esta *no puede dejar de interesaros*, pues todo el mundo sabe que estais íntimamente ligadas con el coronel.

—Es verdad, siempre ha sido bueno y compasivo con nosotras, pobres abandonadas.

—*Bueno, bueno*; ya se sabe que no hace mas que cumplir con su deber.

—Sí, pero cuán pocos en su lugar se habrian conducido con tanta bondad y perseverancia! repuso la madre con presteza. Muchos hombres habrian olvidado á la familia de su antiguo profesor. Es verdad que á la cabecera del lecho de muerte de mi marido prometió no abandonarnos nunca, y no ha olvidado por cierto sus promesas.

—Las circunstancias han cambiado *un poco desde entonces*, pero es inútil hablar de la nieve que ha caido hace un año; hay otras conversaciones de mas actualidad. Vamos á ver, ¿qué pensais de la marcha del coronel, que ha salido esta mañana solo, y quizá para muchos meses?

—No lo sabia.

—La causa de su viaje, eso es lo terrible. ¡Dios mio! ¡cuánto siento ser la primera en anunciaros esta desgracia! Llego de Rosenborg adonde habia ido para saber noticias de la mujer del coronel que ayer se puso mala en el presbiterio, y creo no está bien aun, pues no ha querido recibirme, lo que por otra parte no me extraña, pues no debe ignorar que me hallo al corriente de todo.

Aquí la narradora se detuvo para respirar y para juzgar el efecto que su historia producia en las dos mujeres; pero nada pudo observar, pues entrambas estaban muy serenas y parecian no haber adivinado el sentido *de lo que acababan de oir.*

Elista prosiguió diciendo:

—Ya sabeis que la doncella de la señora del coronel ha estado tres años en mi casa, por manera, que como su ama no podia recibirme, y Teresa andaba ocupada en sus quehaceres, me lo ha contado... No obstante, temo afligir á la señorita María si continúo.

La jóven alzó la cabeza sorprendida.

—No tengo el honor de conocer á la señora del coronel, y así no puede haber nada de comun entre ella y yo.

—Os engañais, os engañais, hija mia. La señora del coronel se hallaba en el mejor estado de salud cuando llegó ayer á la iglesia, pero allí no sé quién la turbó de tal modo, que estuvo á punto de desmayarse... Por Dios, señorita María, no tomeis las cosas tan á pechos; preferiria arrancarme la lengua á pensar que os puedo ofender.

—Os tomais unos cuidados muy singulares, dijo la jóven sobrecojida de un vago espanto.

— Ah! qué sensatez, qué fuerza! estoy maravillada, señorita María... pero ¿qué queria yo decir?... Ah! ya caigo... cuando salieron de la iglesia... allí, cerca del cementerio... no os pongais tan encarnada, señorita María... *Sin duda era un poco atrevido lo que hizo el coronel*, pero todo el mundo sabe que no es hombre que repara en pelillos. Sin embargo, las consecuencias eran fáciles de prever; de vuelta en casa, cada uno de ellos se encerró en su habitacion. La señora juró que no pondria los piés en la sala, y no quiso tomar un bocado; él se arrebató y se retiró sin haber comido, y al otro dia por la mañana prevenia á su intendente que lo preparase todo para su marcha, pues se iba á Estokolmo. Cuando el marido y la mujer se encontraron á la hora del almuerzo, hubo una escena terrible. Carlota me lo ha contado todo, y aunque yo no dé jamás el mayor crédito á los chismes de criados, no he podido menos de decirme, que al cabo y al fin, aquella muchacha habia *escuchado toda la conversacion mientras los servia á la* mesa. Parece ser que el coronel decia á su mujer que sentia mucho el tiempo que habia pasado con ella, por corto que hubiera sido, y todas las palabras que habian hablado; que se iba de su casa porque ya no podia soportar su presencia... en suma, amiga mia, se han separado no como esposos, sino como enemigos, y ella, me dijo la criada, que estaba tan pálida como una muerta, y asustada como una gacela delante de un leon.

Aquí Elista se detuvo, porque literalmente la faltaba el aliento: por consiguiente, hubo de prescindir de todo comentario sobre la relacion de Carlota.

—María, hemos olvidado preguntar á esta señora si quiere tomar algun refresco, *pues parece estar muy acalorada*; anda á buscar algo.

María se levantó temblando; hacia algunos instantes que la narracion de Elista la habia conmovido hasta el punto de tener que contener sus lágrimas, y se aprovechó de la órden de su madre para salir á llorar sola.

Entre tanto Elista dando gracias por la atencion, se retiró muy alegre con su triunfo y con la turbacion que habia causado.

Cuando se apagó á lo lejos el ruido de su carruaje, María volvió al lado de su madre y dió rienda suelta á su dolor.

— Oh, Dios mio! exclamaba sollozando, creo que es verdad una parte de esa historia. Quizá era él y no su esposa quien me proponia un puesto en su coche. Ya sabes, madre mia, que es muy orgulloso y que no permite á nadie que combata su voluntad.

—Hija mia, no creo una palabra de todo lo que ha dicho esa mujer. Pero sea como quiera, ¿qué podemos hacer nosotras sino es rogar á Dios para que les devuelva la paz que han perdido?

—Y si hubiera huido por eso! madre mia; es tan susceptible... si fuese yo la causa de la separacion, ah! no me consolaria nunca.

—*¿Qué dices, hija mia? O ella lo sabe todo*, y en ese caso ya nada tienes que temer, ó lo ignora todo y no puede pensar en pedir explicaciones. Ya sabes, María, que no debes violar tu promesa. Si ella viene en conocimiento de lo que ha pasado, atente á lo que haga el coronel; pero me parece imposible que hayan tenido la crueldad de decírselo; el coronel hablará y ella lo olvidará todo.

—Pero ¿y si alimenta sospechas sin comunicárselas?

—Te das un tormento inútil, hija mia!... La menor cosa viene á destruir tu paz y tus resoluciones. Sin el permiso ó el consejo del coronel, no puedes tú adelantarte á explicar nada, pues le harias con ello una herida mortal.

—*Oh! me callaré, madre mia.*

—Hija mia, pidamos á Dios que sean felices siempre.

XI.

La marcha del coronel habia devuelto á Lavinia toda la tranquilidad que le faltaba en su presencia; por fin se habia instalado en la casa, habia tomado su direccion y repartido su tiempo entre los quehaceres domésticos y la educacion de las niñas, de cuyo modo pasaba las horas mas distraida que en los primeros meses de su enlace.

Y sin embargo, poco á poco empezó á sentir en su derredor como una especie de vacío, un enojo que se apoderaba *de ella y al mismo tiempo un vago deseo, no de* ver á Hermann, pues como á menudo se repetia, habia tenido mucha suerte en que se ausentara, sino de que ocurriera algun suceso que viniera á romper la monotonía de su triste existencia.

Hermann habia escrito tres veces, siempre con brevedad y sin hablar de la época de su regreso; Lavinia no podia prever cuándo volveria, pero la idea de verle de nuevo la causaba siempre una inquietud que no se explicaba.

Una tarde que trabajaba en el gabinete contiguo á su cuarto, oyó de repente el ruido de unos pasos que atravesaban los corredores y que se acercaban á su habitacion.

—*¿Quién mas que Hermann podia llegar tan directamente* y sin anunciarse?

Un recuerdo involuntario trazó á los ojos de la jóven la escena de la marcha, escena de turbacion y de descontento reciproco: ¿porqué se acordó de ella?

Sin embargo, se levantó obedeciendo al instinto del deber, que la decia saliese á recibirle. Pero, cuál no fué su sorpresa cuando al abrirse la puerta de golpe se precipitó á sus brazos su hermano Rodolfo!

—Lavinia, al fin te veo sosegada y hermosa!... Estaba tan inquieto por tí, que no he podido resistir á tu deseo, y he venido á pasar algunos instantes en tu compañía.

—Algunos instantes no; despues de haberme prepa*rado la dulce sorpresa de tu venida, no me impondrias* seguidamente el sentimiento de verte marchar. Hermann sentirá mucho haberse hallado ausente.

— Oh! la visita no era para él, sino para tí Lavinia, para tí sola, mi querida hermana.

La voz de Rodolfo tenia un acento tan particular, que Lavinia se quedó conmovida.

—Rodolfo, ¿qué hay? exclamó tomándole la mano.

—¿Estamos solos aquí? Este palacio es soberbio, pero no sé porqué se me figura que no puede habitar en él la felicidad.

— Oh! exclamó Lavinia poniéndose muy pálida, ¿son tan rápidas la malevolencia y la calumnia que hallan llegado ya á tus oidos? Ya ves, Rodolfo, que mi aspecto *protesta contra sus mentiras.*

—No me hables de tu semblante, pues hace largo tiempo que le has acostumbrado á ocultar las turbaciones de tu alma, y temo verte fingir aun delante de tu hermano.

Lavinia se sonrió, y pasando su brazo cariñosamente bajo el de Rodolfo le llevó á su cuarto.

—Hablemos menos de mí y mas de tí, le dijo con ternura; ¿cómo están tus felices amores?

El rostro de Rodolfo tomó una expresion de dolor.

—No sé, lo temo todo, respondió despues de vacilar un instante, y temo no poder estar aquí mas de dos horas... Si supieras, Lavinia, lo que me ha costado venir á verte!

—Dios mio! Me espantas; estaba Julia enferma cuando has venido?

—Enferma entonces, no ; pero Lavinia, ahora....

Y se arrojó sobre un divan como un hombre abatido, y se estrechó con ambas manos su frente.

—No iba todo bien cuando salí; por la primera vez Julia tomó á mis ojos otro aspecto, pero era un error y nada mas. Hablemos de tí, de tí solamente, Lavinia; puedo consagrarte un tiempo muy escaso, y tengo derecho *de ser partícipe de tus penas; derecho, añadió sonriendo* con tristeza, que he comprado muy caro para que tú le vengas á poner en tela de juicio.

—Te le concederia hermano mio, si tuviera que darte parte de mis penas, pero no sucede así; y el rumor pú-

© Biblioteca Nacional de España

blico te ha hecho creer que no estaba exenta de ellas, ese rumor ha mentido. Aquí no quieren á Hermann, aunque le respetan, porque carece de esa familiaridad que lisonjea á los unos, que divierte á los otros, y le creen demasiado severo para hacer la felicidad de una mujer. Sin embargo, nuestros dos caractéres se acuerdan á las mil maravillas. Pero ¡ay! cómo olvido mis deberes; llegas de un largo viaje y no te he ofrecido nada.

(*Se continuará.*)

CRONICA DE CADIZ Y SU PROVINCIA.

En algunos de los pasados números hemos tenido ocasion de ocuparnos de Sanlúcar de Barrameda, con motivo de los bailes que allí recientemente han tenido lugar, y que tan bien puesto han dejado su nombre como ciudad culta y galantemente hospitalaria. Una corta escursion que há pocos dias hicimos á quel pueblo nos permite considerarlo ahora bajo otro punto de vista.

Su féria habia terminado, pero en cambio se estaba allí en plena vendimia, es decir, en una de las tareas mas importantes para aquella poblacion, cuya riqueza se funda en gran parte sobre sus afamados vinos. Las récuas y las carretas cargadas con el fruto de sus vides cruzan dia y noche todas sus calles y afluyen á ella por todos sus caminos; crugen sus lagares bajo el peso de los pisadores, y por todas partes se oye el ruido que hace el revuelto mosto al caer en las cubas.

Pues bien, aquel negro y repugnante líquido que allí vemos correr en turbias ondas, será un dia un delicioso licor, límpido y trasparente, que brillará en nuestras mesas, y que dará al suelo que le dió el primer ser un nombre europeo. No presenciemos, por tanto, aquella pisa, no veamos aquellos pies desnudos que huellan la uva, no miremos aquel sudor que el rudo trabajo hace brotar de los poros del hombre, y que corre á arroyos por su cuerpo para mezclarse con el mosto, no examinemos todo esto si no queremos perder nuestras ilusiones; esperemos á que el líquido fermente y arroje de sí sus impurezas, esperemos á que el tiempo y el trabajo hagan de todo ello un excelente y preciado vino, grato al olor, sabroso al paladar, atractivo á la vista, y entonces saboreémonos con él sin inquirir cómo ni porqué serie de trasformaciones ha llegado á ser lo que es.

La época de la vendimia no puede dejar de ser en todas partes una época de animacion y de vida; Sanlúcar entre sus muchas buenas cualidades tiene la de animarse muy fácilmente. Un baile, por ejemplo, hace velar solo á los que á él concurren; la vendimia puede decirse que hace velar á la poblacion en masa, porque la noche no interrumpe este trabajo, y á ninguna hora de ella deja de oirse por las calles el ruido de los carros, las campanillas de las bestias de carga, y el movimiento de las gentes que transitan: es un pueblo entero que se afana, es una gran colmena donde millares de abejas preparan la miel que ha de alimentarlas.

¿Qué necesita pues Sanlúcar para utilizar en grande escala los magníficos elementos de riqueza que posee? Tan solo medios de comunicacion mas fáciles, mas cómodos, mas rápidos; porque la verdad es que el que acaba de cruzar en menos de hora y media por ferro-carril las seis muy largas leguas que median entre Cádiz y el Puerto, y eso con tantas paradas y demoras, halla intolerables las casi tres horas que ha de emplear en el camino de este último punto á Sanlúcar.

Si á eso se agrega que el retorno de las góndolas del servicio público se hace á las cuatro y media de la mañana, es decir, noche muy cerrada todavía en el mes actual, se comprenderá que un viage á Sanlúcar es hoy de lo mas molesto posible, máxime cuando los actuales progresos en los medios de comunicacion nos han acostumbrado á un modo de caminar infinitamente mas cómodo é infinitamente mas rápido.

Lástima es por cierto que una poblacion que tanto vale y tanto merece se halle tan olvidada en este vitalísimo punto, si bien vemos con placer que ella por sí no se duerme, que se agita, que promueve y que proyecta una mejora en sus comunicaciones, y que al cabo esperamos la logrará para ponerse así á la altura de su importancia.

Si esto se hubiera podido hacer antes, combinando el establecimiento de un ferro-carril al Puerto y á Jerez con la realizacion de las obras que han de mejorar la navegacion de Guadalquivir, quizá no hubiera tenido que emprenderse la via férrea desde Sevilla á Jerez, puesto que la via fluvial es mas cómoda, mas agradable, mas pintoresca, y pudiera ser hasta mas rápida si se adoptasen vapores propios exclusivamente para los rios, como los que hay en los Estados-Unidos.

Sanlúcar, entonces, habria vuelto á ser con harta mayor ventaja, el centro natural de esta comunicacion, y el número de gentes de Sevilla y Cádiz que salen á veranear ó á restablecer su salud en aquel punto, aumentaria de un modo considerable, porque el viaje ya no deberia considerarse como realmente tal, sino como un agradable recreo de pocas horas.

Si aquello nó, mucho puede hacerse todavía en beneficio de Sanlúcar, quien, como ya dijimos, se anima fácilmente, como lo prueba la recepcion que acaba de hacer á SS. AA. los infantes Duques de Montpensier, que allí tienen un lindo palacio de verano, y casi una vecindad; recepcion cordial y afectuosa, que debió probarles una vez mas el sincero cariño que á sus escelsas personas y á las de sus hijos profesan los sanluqueños.

Pero tiempo es ya de que nos ocupemos de la Sra. Ristory, segun tenemos ofrecido.

La eminente trégica ha vuelto á aparecer entre nosotros no menos radiante de genio que la vez primera. Comenzó sus tareas, como entonces, con *Medea*, de cuyo desempeño hablamos ya en aquella ocasion. *Giuditta* se nos habia anunciado, pero no fué así.

Nada diremos por tanto de *Medea*, pasando á ocuparnos de *Elisabetta*, por no haberlo hecho cuando su estreno en la primera temporada.

Elisabetta no es en rigor un drama literariamente hablando, es la historia entera del reinado de la hija de Enrique 8.°, de la moderna Semíramis, bajo cuyo vigoroso cetro se hizo tan potente y tan temida la Inglaterra; pero que al mismo tiempo artera, sanguinaria é hipócrita, afeó sus grandes dotes de reina, con faltas no menos grandes, nacidas de sus impetuosas pasiones, nunca refrenadas por consideracion ni por respeto de ninguna especie.

Pero si el drama no tiene, como no puede tener, unidad, si hay en él casi tantas acciones como escenas, si no es mas que una crónica puesta en diálogo ello es que sus pormenores están bien delineados y que la obra está bien escrita. Hay verdad en los hechos, abunda en pensamientos profundos, y ofrece escenas de notabilísima energía y de extraordinario vigor.

Dicho se está, por tanto, que un drama que solo se propone desenvolver un carácter histórico en las diferentes fases que ha tenido que tomar durante un largo espacio de años, es un drama que presenta ancho campo para mostrar los inmensos recursos de una actriz cual la Sra. Ristory. Jóven primero, ardiente, lisongeada, y con pretensiones de bella, lucha con el amor y le vence, porque su orgullo se subleva ante la idea de un dueño, ella que no tolera un igual. Celosa y vengativa hace morir en un cadalso á la reina de Escocia, porque es bella y porque es reina. Condena á muerte al conde de Essex porque triunfa sin permiso suyo, y mas aun quizá porque otra mujer le ama. Anciana al fin y próxima á morir, se abraza convulsivamente con aquella corona que ha llevado durante cuarenta y cuatro años, y que quisiera que desapareciese con ella en la tumba. En todas estas situaciones la Sra. Ristory aparece grande, eminente, sublime. En su gesto, en su accion, en su palabra, acatamos el poder del arte y nos sentimos arrebatados por él.

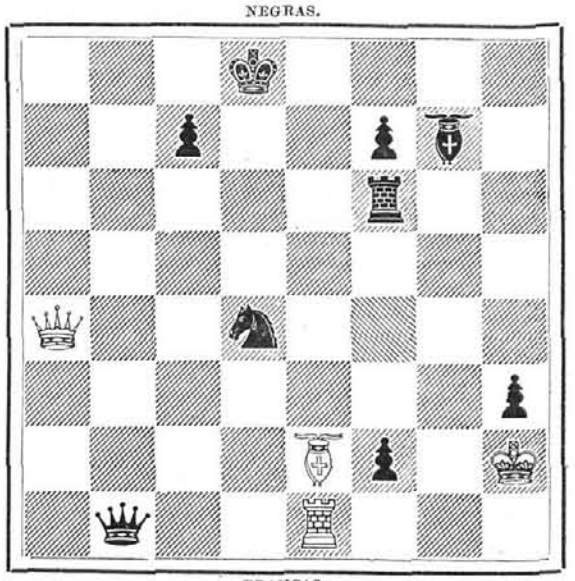
No es mucho, pues, que el público aplaudiese frenético á la gran actriz, que cuenta un triunfo por cada noche de las que se presenta en la escena.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

PROBLEMAS DE AJEDREZ.

PROBLEMA N.° 1, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 3 jugadas.

Administraciones exclusivas de La Moda.

HABANA, calle de la Habana número 126.
MADRID, calle de Jesus del Valle, número 6, bajo.
SEVILLA, calle Catalanes número 4, esquina á la de Tetuan, oficina de la Andalucía.
BARCELONA, calle de San Honorato número 3, almacen

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1863.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

OBSEQUIO
A LOS SRES. SUSCRITORES DE LA MODA ELEGANTE.

Hemos reimpreso los números que se agotaron de la *Moda Elegante* respectivos á 1861 y 1862, y en su consecuencia nos hallamos en el caso de poder ofrecer á nuestros suscritores los dos tomos de dichos años, ya encuadernados y francos de portes, **por la cantidad de 80 rs. vn.**, remitidos al hacer el pedido en libranzas ó sellos de cualquiera clase.—Los referidos tomos contienen mas de 1.500 dibujos de labores de crochet, bordados de multitud de clases, figurines de señoras y niños, música, etc. y mas de **60 tomos de novelas** morales é instructivas, unas originales y otras traducidas. Hay algunas colecciones con figurines iluminados las cuales cederemos por 20 rvn. de mas.

Los que solo quieran el tomo de 1861 se les remitirá por 19 rs. sin figurines iluminados, y por 25 con ellos en razon á ser de menos volúmen que el de 1862.

A esta rebaja solo tienen derecho los actuales suscritores al periódico.

Las cartas que contengan sellos de correo deben certificarse para evitar estravíos.

Los pedidos se dirigirán á D. Manuel Torrijos, calle Mayor núm. 81—MADRID.

O bien al Administrador de La Moda—CADIZ.

En América fijan los precios los Sres. Corresponsales.

© Biblioteca Nacional de España